

# BAJO EL FRÍO Y LA LLUVIA: ABRIGOS PARA UN SUJETO

Rocío Oviedo Pérez de Tudela\*

## *Lluvia*

Lluvia, gota de agua  
disuelta en la ajustada primavera,  
pequeño cristal que me mira,  
colgado en la punta de una rama.  
Charol tornasolado de los charcos  
que cae en círculos;  
redondas bañeras,  
donde se asean los  
los gorriones, y los lagartos,  
recién alzados a la vida.  
Círculos de cristal para pavonear la euforia  
o soñar despiertos cara al cielo.  
Lluvia de trece, de quince,  
de veinte años,  
que sumergía su melancolía  
en mis zapatos.  
Qué se hizo de mi primavera,  
de las flores de amor  
que se acogían a mi mano.  
De tanta irrealidad  
que corría como cascada rubia  
– río de lluvia –  
en las tardes solitarias...

\* Escritora y periodista española.

*Habitáculos*

Lloverá: lo he visto en las páginas blancas de las nubes;  
lloverá de modo que el tiempo se disuelva en lágrimas  
hasta llegar el saludo de la noche.

A veces pareciera que quisiéramos que todo se desvaneciese,  
que llegase al fin el fin,  
que el apocalipsis de los días danzase sobre las balaustradas del infinito  
para dejar de sufrir por este tiempo mortecino  
que abandona a la ignorancia de imágenes repetidas,  
de slogans absurdos.

Los ruidos de las aceras: ruedas, motos, zapatos...

El grito aislado de un niño,  
la misericordia ficticia,  
la mano falaz de un falaz mendigo  
que extorsiona a una niña dormida en el carrito.

El rostro de los poderosos en la pantalla:

falaces,  
la piedad de los orgullosos:  
mentiras,  
engaños,  
fatuidades.

Aires de grandeza que seducen con sus abanicos soberbios  
y los seguimos como esclavos.

Dadme un harapo, un andrajo,

un vestido sencillo,

un mendrugo de pan caliente

que remojar en leche blanca,

una sonrisa simpática,

aquel rostro siempre sonriente...

Dadme un escarabajo cobrizo

que alza pesaroso sus antenas

hacia las nubes,

pero dadme también

la seguridad del águila

que fija su nido entre las cumbres.

*El Chal*

A Selena se lo había regalado una amiga, la verdad es que era de esos adornos, elementos o abrigos que, a ella, le parecían un poco absurdos. Pero al final se acostumbró porque, desde que se lo regaló Elena, todas las amigas en cumpleaños, celebraciones, acontecimientos, «¡que casualidad, mire usted!», le regalaban un chal.

Eso del chal parecía algo antiguo y desusado, raro, pero no sabía cómo, cuando se lo ponía por encima, parecía que cobraba vida y que su madre, muerta hacía unos meses, la acariciaba con esas caricias que nunca se atrevió a darle. Tal vez porque la caricia, el cuidado, pareciera que resblandecía a las criaturas, y a esa criatura especial, huidiza y hasta un poco de sensiblera que era ella. Siempre la había tratado con cierta aspereza, no sabía si era por la disciplina militar de una teniente como era su madre. Aunque, si lo pensaba bien, a ella y a su hermana les había puestos dos nombres románticos a más no poder, dos signos de la noche: Selena, Estela... La verdad es que le fastidiaba esa especie de falta de sensibilidad y a menudo le guardaba un rencor silencioso. Sí claro, la atendía ya era mayor. Pero no soportaba que ella a su vez no soportara a su marido, la irritaba mucho, y también esa preferencia por Estela, porque se decía «que habrá hecho ella que no haya hecho yo...»

Había como un mar de fondo que nunca acababa de eclosionar en esa tormenta que, ella sospechaba, alguna vez iba a aparecer. Y apareció, apareció bajo la figura de Francisco, un compañero de trabajo que la saludaba al pasar. La verdad es que ella en el fondo le agradaba porque había algo en la mirada de Francisco que la animaba, su sonrisa, su invitarle a tomar un café como si fuera la única de la empresa, la única especial...

Aquel día en que su madre se pasó por la oficina a ver qué pasaba, porque hacía casi un mes que ni llamaba ni se acercaba por su casa, fue como si toda la marea que llevaba encima rompiera en aquel maremoto que fue. Se molestó, se enfadó «y bueno y tú qué haces aquí, viniéndome a buscar donde no te llaman».

Y se fue, se fue con Francisco. En la casa quedaron sus dos hijos al cuidado de su madre y de los suspiros que la mujer daba cada dos por tres pensando en qué lío nuevo no se habría metido su hija.

Se dejó el chal, porque el chal desusado, anacrónico, no iba bien con la figura que ahora se le había quedado tan elegante, tan delgada, y tan espectacular que ella se veía cuando el reflejo de cualquier escaparate le devolvía su imagen.

Francisco le dio seguridad. Atrás quedaron las obligaciones. Alguna que otra, aún. Se mudaron ella y su amante de la ciudad. Buscaron un destino lejos

y con la excusa de no cambiar a los niños de colegio y de compañeros: «¡Ay no, que no tengan otro trauma más!», decía a sus amigas. Los chavales se quedaron en casa de la abuela. Por eso, una vez al mes viajaba desde Barcelona a Madrid para llenarles de chuches, de regalos y sacarles a comer a un burger cercano. Y volver corriendo a la ciudad Condal para que a su Francisco no se le ocurriera salir a buscar algo nuevo o más joven, o más cálido.

Por las noches, no sabía por qué, cuando hacía frío por la humedad del mar, se acordaba del chal que Elena le había regalado. Era de color rosa palo, con dibujos en gris. Y a menudo pensaba que sí que le iría fenomenal porque ahora se habían puesto de moda, incluso encima de los abrigos. Y eran dos colores perfectos para combinar con el negro, y aún con el marrón oscuro, y con el teja, y con el blanco y con el naranja si lo llegaba a pensar, por el contraste, igual que con el verde, porque con un bolso gris y unos zapatos a juego que tenía le irían fenomenal.

Su madre no aguantó mucho, la pobre se murió, y los niños se fueron a Barcelona, con ella, y ahora era Antonio el que viajaba una vez al mes a verles. Algo de culpa escondida sentía Selena. Tal vez su dureza, el hecho de no haberle aprobado su huida de la casa, que le hacía pensar que no lo había hecho bien, la búsqueda de aventuras, la evasión, tal vez un punto de no querer ver la realidad...

Una vez Antonio apareció con el chal, cuando se vieron en Las Ramblas se lo entregó.

– Toma, Selenita, lo encontré en casa.

– ¿Y cómo? Yo le hacía en casa de mi madre.

– Verás, tu madre se pasaba la mitad del día conmigo, le daba miedo la noche, ella sola con los niños, y tenía razón. En casa de tu hermana no cabían. Yo me la llevaba.

Selena se enfureció, la culpa, la dichosa culpa avanzaba como una montaña de arena que estuviera a las puertas. Con las lágrimas en los ojos y para que no la viera se marchó cogiendo de la mano a cada uno de los niños y con el chal al hombro.

Por las tardes se lo ponía, cuando ni Francisco ni los niños la veían. Era entonces cuando sentía el abrazo cariñoso y el beso de perdón que tanto ansiaba de su madre muerta.